sabiamente gobernada. Cuanto mas estendida sea la máquina del gobierno, estarán sus movimientos ménos prontos, exactos y regulares. Es otro tanto mas dificil reprimir en un grande imperio las pasiones que inclinan á la revolucion, ó que envilecen el alma, cuanto mas espuestos están allí por su parte los magistrados á tentaciones mas frecuentes y fuertes para la humana debilidad. Así me parece que en nuestras ciudades de la Grecia podria no faltar á las obligaciones de magistrados; y juzgo que si gobernase de sátrapa en la Persia, me contentaria precisamente con desear el bien, sin poder ejecutarle. Deben detenerse todos los resortes del gobierno en un grande estado, y todas las leyes son ne-

---

otro tiempo muchas repúblicas de la Grecia. No era estraño encontrarse en un territorio de una mediana estension treinta ó cuarenta mil ciudadanos; y los dueños de este terreno, gracias á la forma y policía de su gobierno, tenian para defenderle un egército de treinta ó cuarenta mil hombres. ¿Cuántos reinos considerables no están en estado de mantener hoy egército semejante? La policía de los antiguos griegos, que no limitaba el empleo de los ciudadanos á un solo encargo, su frugalidad, la sinceridad de sus costumbres y sus fortunas domésticas, ménos desproporcionadas que las nuestras, multiplicaban sus fuerzas, su industria y su valor sin aumentar los brazos. ¿Sucede lo mismo con los pueblos modernos? Sin duda que no; y esto es lo que los hace débiles. Si quisiera seguir esta idea, y hacer ver las razones por qué un estado que hoy tiene diez millones de vasallos, no puede tener mas que un egército de cincuenta mil hombres, y mercenarios, necesitaba mucha estension.

cesariamente despreciadas. Miéntras que todo puede ser nervio, accion y fuerza en una república corta, parece que un grande imperio está herido de paralisis; y este es el motivo por el cual un puñado de persas ha conquistado en otro tiempo la Asia bajo el dominio de los medos. Esta es la causa de las desgracias de Xerxes; y por la misma han hecho temblar nuestros padres á sus sucesores aun en su misma capital.

Mi querido Aristias, prosiguió Focion, he procurado traer á principios fijos y ciertos esta ciencia que se llama política, de la que nos han dado los sofisticos una idea bien falsa: la miráron como esclava, ó como instrumento de nuestras pasiones; y de esto se sigue la incertidumbre é instabilidad de sus máximas y sus errores, y las sediciones, que son su fruto. En cuanto á mí toca, hago de la política el ministro de nuestra razon, y veo resultar de esto la felicidad de las sociedades.

Nada tendria que añadir á los principios generales que os he esplicado, si todos los hombres fueran capaces de conocer y amar la verdad; pero esta es una esperanza, á que seria insensibilidad entregarse. Por cualquiera parte que se estienda la vista no se ve, ni se verá perpetuamente otra cosa que errores y vicios. No es esta la felicidad á que nos ha destinado la naturaleza y que quieren conocer los hombres: ellos desearian que se les enseñase á ser felices segun sus gustos y preocupaciones. Supesto que la razon desde el principio del mundo reclama inútilmente sus derechos con-

tra las pasiones, esperemos, Aristias, que no será mas dichosa en lo venidero; y que el zelo, el odio y la ambicion, que han perdido tantos pueblos, repúblicas é imperios, ejercerán aun su ciego furor sobre las demas naciones.

En medio de este espíritu de latrocinio, con que está infestada la tierra, y que nadie puede desecharle, y en medio de los daños con que están amenazados los pueblos, no es suficiente á una república para no tener que temer á sus propias pasiones. Es menester que desconfie de las de los estrangeros, y que se mantenga en estado de contenerlas y reprimirlas. La justicia, la buena fe, la moderacion y la beneficencia que inspira el amor á la humanidad, son propias, como lo habeis visto, para conciliar la estimacion y afecto de los estrangeros, y por consiguiente para servir de defensa contra sus pasiones. Pero aun este apoyo y esta defensa, Aristias, no es impenetrable á la maldad de los hombres. Esperad, y veréis descarrearse las pasiones en su embriaguez hasta llegar á despreciar y aborrecer las virtudes. Reprimidlas entónces por el temor; esto es, haga la política una ley de no cultivar la paz, sino estando siempre dispuesta para hacer dichosamente la guerra.

No ignoro que un pueblo templado, que ama el trabajo y la gloria, y que teme á los Dioses, tendrá necesariamente valor en los combates, paciencia en las fatigas, y firmeza en las contrariedades. En cada ocasion tomará sin violencia la virtud que le sea mas útil. Sin

duda que se reunirán todas sus fuerzas; y para evitar el daño, hará obrar de concierto á todos los brazos una voluntad misma. Pero tened atencion, Aristias, que estas calidades prestadas, si me es lícito hablar así, con las que solamente se ha familiarizado por un uso transitorio, no tienen algun poder. Si la paz misma no ofrece en una república la imágen de la guerra; si no están los ánimos acostumbrados á la idea de los peligros, y si no están los ciudadanos preparados para ser soldados por medio de la educacion: temed que regularmente les consternará la vista del daño, unido con su poca esperiencia. Es el temor una pasion de las mas naturales al corazon humano, y aun de las mas dañosas. Impedid que se manifieste al alma, porque no es tiempo de remediarla cuando el temor entorpece los sentidos y turba la razon.

Sea militar nuestra república. Todo ciudadano esté destinado á defender su patria: ejercítese cada dia en manejar las armas: contraígase en la ciudad el hábito de la disciplina necesaria en un campo; y así no solamente se formarán por esta política soldados invencibles, sino que dará una nueva fuerza á las leyes* y á

* "Se han de celebrar todas las danzas para que se haga bien "la guerra; y toda destreza, facilidad y prontitud se ha de adqui-"rir por la misma causa. Por lo mismo nos debemos acostum-"brar á obstenernos de la comida y bebida, á padecer el frio, el "calor y la dureza de la cama, y ántes de todo á no corromper la

las virtudes civiles: así se impedirá que las dulzuras y ocupaciones de la paz corrompan y vicien insensiblemente las costumbres; porque si las virtudes civiles, la templanza, el amor al trabajo y á la gloria preparan para las virtudes militares, las otras sirven de apoyo cuando les corresponde.

Desde que nuestro gobierno ha permitido, por favorecer á la pereza y debilidad, que las funciones civiles se separen de las militares, ni tenemos ciudadanos, ni soldados. Los hombres que creen que no necesitan del

---

"fortaleza de la cabeza y de los piés con agenos vestidos." Platon *de las Leyes lib.* xii. Se ve cuán propias son las virtudes que prescribe Platon á todo ciudadano para amar la templanza y el trabajo. El que quiera formar escelentes soldados, haga precisamente escelentes ciudadanos. Licurgo habia prohibido á los espartanos todo lo que se acaba de leer en el párrafo de Platon, y ellos obedecian fielmente á estas instituciones. El tiempo de la guerra, segun Plutarco, era para ellos descanso. Véase todo lo que los griegos y romanos hacian en su tiempo hermoso para prepararse egércitos invencibles. No se contentaban estos con que sus soldados fuesen mejores que los de sus vecinos ó enemigos, sino que querian hacerlos tan buenos como deben y pueden serlo. Creo que no seria imposible probar que todo estado en donde cada ciudadano no está destinado para defender la patria como soldado, jamas puede tener una escelente disciplina militar. Bien lo meditaba Mr. le Marechal de Saxe. Ved sus pensamientos, obra propia de un gran capitan, que habia estudiado en la guerra como filósofo. Si hay en un estado hombres limitados para sus empleos civiles, necesariamente ablandarán las costumbres públicas, y la debilidad de estas relajará los resortes del gobierno militar.

valor, no tardarán en darse á los placeres ó embrollos. Su carácter no conservará ni fuerza ni nobleza, y se oirá, no obstante, su voz en la plaza pública y en el senado. De esto se originan todos los decretos que nos cubren de un oprobio perpetuo, y de cierta delicadeza en el espíritu nacional que no permite algun recurso al bien. No estuviéron compuestos nuestros egércitos mas que de la liga de la república. Comparáron su suerte nuestros soldados con la de los ciudadanos ricos, ociosos y torpes que vivian en sus casas. Lleváron las armas con disgusto, y les pareció la guerra el último y mas bajo oficio, y no la hiciéron despues sino con la esperanza del pillage, y de gozar algun dia el fruto de sus rapiñas. ¿Cómo seria posible formar en semejante milicia una disciplina austera y regular, sin la cual aun el mismo valor será inútil? ¿Cómo llegareis á dar á estos soldados avaros y mercenarios una idea de la generosidad que deben tener los defensores de la patria?

Son insensatos nuestros ciudadanos ricos en confiar á otros que á ellos mismos el cuidado de la república, y no prever que se esponen á perder esta libertad, estas riquezas, ociosidad y placeres de que son tan amantes. Cada dia se aumenta nuestra bajeza con la corrupcion nuestra. O serémos al fin vencidos por nuestros enemigos, ó nos destruirémos con nuestras propias manos. No es menester envanecerse de que reine mucho tiempo un cierto convenio entre los ricos de no contribuir mas que con el enfado de los gastos de la guerra; y en-

tre los pobres, que haciéndola, la sienten á costa de su sangre. Secretamente se desprecian; y luego que la discordia se descubra entre ellos, será irreconciliable su aborrecimiento. Si estos triunfan, oprimirán su patria, y la darán un tirano para adquirirse un protector que les enriquezca y vengue. Si los otros por una casualidad dificil de prever adquieren el imperio sin dividirse, reinarán temblando; y para librarse de un temor importuno, no querrán tener mas que una mercenaria milicia, siempre respetable á los ciudadanos ociosos, y con todo incapaz de servir de apoyo á la república contra los enemigos valientes y disciplinados.*

Se nos dice que en Cartago se ocupan sus ciudadanos en su comercio y riquezas, miéntras que los soldados, comprados á precio de dinero, le han adquirido y conservan el imperio de Africa. Pero nada me hace vacilar este ejemplo. Si esta república, amado Aristias, me mostrara sus riquezas, su poder, sus egércitos

* Aunque Aténas no esperimentó uno ni otro inconveniente, que Focion recelaba, no estaba mal fundado su temor. No se escapáron de él los atenienses sino porque cayéron bajo el poder de Filipo, á quien imprudentemente declaráron la guerra. Es cierto que estas controversias son parecidas á aquellas de que habla Focion entre los ciudadanos ricos y pobres, que siempre contribuyen á arruinar la libertad en las repúblicas, ó las sujetan á sus enemigos. Todo estado en que el ciudadano no quiere tomar el trabajo de ser soldado, debe ser gobernado por soldados, ó por aquellos que tienen arte é industria para hacerse dueño de los egércitos.

y sus navíos, como hizo Creso ver su tesoro á Solon para probarle que era el hombre mas feliz del universo, responderia á los cartagineses que he visto una república pequeña, que no cubre el mar con sus bajeles, que ama su pobreza, que tiene pocos ciudadanos y vasallos, pero todos soldados, y creo que está su felicidad mas afirmada que la vuestra. Si se indignaban de mi libertad, les diria: ¿Por qué quereis que aprecie una prosperidad que pueden deshacer mil accidentes, y que está ligada á unas circunstancias que no pueden subsistir? Esperaba Solon á que muriese Creso para juzgar de su dicha: así tambien sin aturdirme del poder de los cartagineses, para juzgar de su prosperidad esperaré á ver cómo resisten á las primeras empresas de sus mismos egércitos, y si tienen el suficiente valor para mantenerse y resistirles:* aguardaré que tengan que hacer con un enemigo valiente, que aunque pobre, sea ejercitado en la guerra.

* En efecto, se sabe que los egércitos de Cartago se amotináron varias veces. Los soldados asalariados son avaros, y á estos se les pagaba con dinero. Si hubieran tenido un gefe ambicioso, hubieran destruido la república. Lo que añade Focion sobre la ruina de los cartagineses es una prediccion verdadera, y á su ejemplo se podia sacar la observacion de los estados comerciantes. Así son hoy todas las potencias de Europa, y es porque es general este vicio de su política, que ninguna de ellas conoce este inconveniente relativamente á sus enemigos. Pelean con armas iguales; pero si se formara una república Romana, ¿cuál seria la suerte de los estados comerciantes?

Si, como Creso, encuentran un Ciro, y si vienen á ser esclavos de algunos de sus generales, sabed, Aristias, que los políticos, que hoy admiran la sabiduría y prosperidad de los cartagineses, estarán obligados á mudar de lenguaje.

Si esta república ha adquirido grandes provincias, es evidente que los vencidos eran ménos fuertes y disciplinados que sus soldados mercenarios. Si domina sobre sus vecinos, sin duda que ha comenzado á comunicarles sus vicios. Entre los pueblos igualmente viciosos, no admiro tenga la superioridad el que pueda comprar mas soldados; pero no concluyais, Aristias, que se gobierna con sabiduría, porque queda perdido si alguno de sus vecinos se corrige de sus defectos. ¡Miserable república la que solo se sostiene por la debilidad y corrupcion de sus vecinos y de sus enemigos! Este defecto de Cartago ha sido el de casi todos los estados; pues en lugar de considerar solamente sus esenciales necesidades y las de la sociedad, y de no buscar otra cosa que lo que le puede hacer dichoso en todas circunstancias y tiempos, se ha dejado engañar la imprudente política de los sucesos transitorios: no ha hecho mas que falsas reglas, y de estas se han seguido tambien tantas revoluciones, de que otros tantos pueblos han sido y serán aun miserables víctimas. Sí, Aristias: estoy previendo anticipadamente la caida de los cartagineses, porque veo que habrá sobre la tierra algunos pueblos siempre dispuestos á hacer la guerra á las naciones ricas; y hasta ahora han sido el pillage del valor y la disciplina las riquezas que corrompen las costumbres.

¡Qué léjos estamos, esclamó Aristias, de los verdaderos principios de la política! La historia de la Grecia, y lo que se nos cuenta de las revoluciones sucedidas en los estados que dividian en otro tiempo la Asia, prueban mucho la verdad de vuestra doctrina y la infelicidad de nuestra actual situacion. Acostumbrado á oir decir á nuestros políticos que el dinero es el nervio de la guerra,* confieso que me ha costado dificultad el comprender qué puede hacerse sin ocasionar grandes gastos: hacedme el favor de disiparme mis dudas, y enseñadme por qué me engaño cuando me parece que es nuestra pobreza la que nos pone en la incapacidad de tener una flota y de pagar un egército.

Querido Aristias, le respondió Focion, estas bellas máximas, inventadas por la avaricia, y que por costumbre repiten hoy nuestros atenienses, no las hubierais

* Esto es lo que no se dejaba repetir en Aténas despues de la regencia de Pericles. Tucidides, *lib.* i. *cap.* 9., le hizo decir en una arenga: "El dinero entretiene mejor la guerra que los hom-"bres; pues estos solo son capaces de algunos pequeños esfuer-"zos." Cuando esta máxima de Pericles sea verdadera, es una prueba cierta de que la república jamas ha conocido los buenos principios de la política, ó que los ha abandonado, y de que están viciadas las costumbres. Una república semejante no debe hacer la guerra mas que contra enemigos tan viciados como ella, si no quiere correr á su ruina.

leido cuando nuestros padres venciéron á los persas en Maraton y Salamina. Mirando entónces la templanza, el amor á la gloria y al trabajo, el valor y la disciplina como el nervio de la guerra y de la paz, despreciaban la plata como inútil: eran pobres, y tuviéron una flota numerosa para combatir á Xerxes, que la construyéron de la madera de sus casas: no pagaban á sus soldados por ser estos ciudadanos, y tuviéron un numeroso egército de héroes.

Aristias, no es nuestra pobreza la que nos impide hoy el tener una flota y un egército: acusad á nuestras riquezas, que aumentándose, han inspirado á una parte de los ciudadanos una avaricia tan baja y tan sucia en la realidad, que no se atreve á gozar; y entregada al placer, jamas sacrificará su lujo y sus gustos á las necesidades de la república. Los resortes de la virtud son infinitos: cuanto mas se emplean, mas se multiplican; y por inmensas que sean las riquezas, se agotan. Produce prodigios el amor á la gloria, porque anima las grandes almas. Por el contrario, el amor al dinero solo produce cosas bajas, porque hiere los ánimos ruines. Si es el dinero tan poderoso como dicen los atenienses, ¿por qué no compramos un Miltiades, un Arístides, un Temístocles, magistrados, ciudadanos y héroes?

Cuando Aténas bajo la regencia de Pericles se enriqueció de los despojos de los vencidos y de los tributos impuestos sobre nuestros aliados, hubo un instante en que pareció haber adquirido la república un nuevo gra-

do de fuerza y poder. No teniendo aun tiempo de destruir nuestras antiguas costumbres, nuestras nuevas riquezas las empleamos generosamente en construir navíos y comprar la amistad de algunos pueblos que comenzaban á venderla, y parecimos los árbitros de la Grecia. Engañados nuestros magistrados por esta apariencia de prosperidad, creyéron que las mismas virtudes que honraban nuestra pobreza, y que esta sola sostenia, serian tambien las ecónomas dispensadoras de nuestros caudales. Pensáron que la república jamas podria ser muy rica: grosero error! Haciéndonos avaros, apagáron con prontitud el oro y la plata todas las ideas de honor y generosidad, y nos entregáron á todos los vicios, haciéndonos amar el lujo. Se hizo el dinero el nervio de la guerra y de la paz, porque los atenienses vendiéron á su patria los servicios que en otro tiempo recibia sin salario. ¿De qué nos sirviéron entónces nuestras dañosas riquezas? Cuanto mas adquiriamos, mas se depravaban nuestras costumbres: teniamos á bien el enriquecernos; y era siempre mas grande nuestro deseo, que nuestra fortuna. Mas pobres por nuestras necesidades, que ricos por nuestras rapiñas é injusticias, se empobreció la república, y esperimentó todas las incomodidades de la pobreza, porque tenian sus ciudadanos todos los vicios de los ricos.

Sonrojados de sus absurdos estos políticos insensatos por dar algun vigor á la república, que espiraba, que-

rian atraer á ella todo el oro y la plata* del universo. ¡Oh ciegos que pretenden llenar á costa del dinero sus

* Se me permitirá hacer aquí algunas reflexiones sobre el comercio, que miran las naciones modernas como el nervio del estado. Si acaso me engaño, deseo que algun hombre ilustrado en esta materia se digne hacerme conocer mis errores.

Acababa de decir Focion hablando del imperio que habian adquirido los cartagineses: "Entre dos pueblos igualmente viciosos, no "me admiro que tenga la superioridad el que pueda comprar mas "soldados." Yo tambien diré que no estoy admirado de que entre los pueblos de la Europa que hayan igualmente abandonado los buenos principios de la política, el comercio, que es quien produce el dinero, ponga en estado de tener y entretener los egércitos mas numerosos. Pero preguntaré: ¿estos soldados, que no son mas que mercenarios, sacados del monton del pueblo, ó traidos por fuerza de otras posesiones, serán capaces de tener el valor y disciplina de los antiguos? Seria preciso un milagro para que estos asalariados sufriesen los trabajos y daños de la guerra con la misma paciencia y valor que los ciudadanos de Grecia y Roma, que nacian soldados, y peleaban por defender sus casas. Tambien se ha de observar en segundo lugar, que un estado que tiene estos soldados asalariados, debe estar rico: de lo que infiero, que no puede tener una buena disciplina militar; porque no se puede ser rico sin tener las costumbres que dan las riquezas, y estas son diametralmente opuestas á las que pide la guerra. Bien sé que el lujo no ablanda á los soldados subalternos, pero sí á los gefes, y relaja con precision el vigor de la disciplina y el mando, aprovechándose de esto las pasiones para introducirse, si pueden á su gusto.

Si son verdaderas mis reflexiones, ¿se puede creer que los pueblos que proveen á su seguridad de otro modo que los romanos y

insaciables pasiones! Eran ricos nuestros padres con diez talentos, y nosotros somos pobres con dos mil; y

griegos se guien con prudencia? Se responderá que todos los estados gobiernan hoy sus milicias del mismo modo, y no resulta el menor inconveniente á cada potencia en particular, y por consiguiente que le es esencial tener mucho dinero para tener superiores egércitos á los de los enemigos. Me parece que esto no es discurrir bien, porque las faltas de mis vecinos no justifican las mias. Habia oido decir que la política es la ciencia que hace el mayor bien de la sociedad, y no abunda en los errores de otras; y que ocupándose en el instante presente, debe abrazar el futuro, y ponerse en estado de no temerle. Puede formarse en mi vecindad una república Romana, ó una potencia que sepa conducirse por buenos principios: y entónces ¿cómo podrán mis soldados mercenarios, débilmente disciplinados, poner á mi patria al abrigo de todo insulto? Pensaban los cartagineses que ninguna mutacion habria en su situacion respectiva con sus vecinos; pero se engañáron. ¿Pues por qué no me engañaré yo pensando como ellos?

Son nuestras pasiones, y no nuestra razon, segun Focion, las que nos persuaden que el dinero es el nervio del estado. Los tesoros mas inmensos se apuran, y se ve su fin en breve tiempo cuando son los ánimos asalariados y avaros. Estos lo son siempre que el estado toma el partido de pagar en dinero los servicios que se le hacen: entónces ¿cómo será prudente en contar con sus riquezas? Por el contrario, cuanto mas se gaste en las virtudes, si es lícito hablar así, mas se aumenta por el ejemplo y la emulacion. Sola la virtud es el nervio de los estados: así solamente es sabio el que cuenta con ella. Las personas que hablan de estender el estado y enriquecerle con el comercio, ¿han pesado, como Focion, las ventajas y los inconvenientes propios de las riquezas? ¿Han hallado despues de un cálculo muy exacto que son mas con-

dándonos otro tanto, aun nos juzgarémos mas pobres que lo que somos hoy. Hemos llegado al punto de con-

siderables aquellas que estos? En tal caso les pido que nos manifiesten sus descubrimientos. Refutan á Platon, Aristóteles, Ciceron y todos los políticos de la antigüedad. Tienen la desvergüenza de decirnos que Tiro, Cartago, &c. eran repúblicas mejor gobernadas que Lacedemonia y Roma: que estas dos últimas ciudades se hiciéron mas felices y poderosas cuando se hiciéron mas ricas; y que los romanos por su constitucion debian ser vencidos por los cartagineses.

Servirse de un argumento tan valiente para probar las ventajas del comercio, es hacer una particular pintura de todos los males que esperimenta un estado que ve caer su comercio, y que ha perdido una parte de sus riquezas. Concedo que es esta una situacion enfadosa y triste. El estado que con solo el dinero produce sus movimientos, cae en inaccion y letargo. Es despedazado por unas pasiones á que no puede satisfacer; y nada es en la pobreza mas ridículo y pernicioso que los vicios de los ricos. Pero estos desdichados, léjos de probar que las riquezas y el comercio hacen la felicidad, la fuerza y seguridad de un estado, demuestran precisamente lo contrario, si es cierto, como se verá al instante, que las riquezas y el comercio deben decaer luego que han llegado á cierto grado. Si este estado, abriendo los ojos sobre su situacion pasada y la presente, llegase á convencerse de la inutilidad y abuso de las riquezas y el comercio; si reformase sus costumbres, y si por el socorro de algunas nuevas leyes pusiese en lugar de sus antiguas riquezas la templanza, el amor á la gloria y al desinteres: pregunto, ¿no le seria mas útil su nueva moderacion, que su antiguo placer? En desterrando la avaricia y el lujo, se hallaria rico en su pobreza, y estaria mejor defendido por el valor de los ciudadanos, que lo que lo habia estado por la riqueza de su comercio.

fundir el lujo y el fausto de los ricos con la prosperidad de la república. Su fortuna doméstica, que es preciso

Para probar lo que acabo de decir, traeré aquí el pensamiento de un escritor moderno, que ha sido el mas profundo y mas ilustrado en el estudio del comercio. "Cuando un estado, dice Mr. "Cantillon, ha llegado á adquirir grandes riquezas, ya porque es- "tas sean fruto de sus minas y comercio, ó por las contribuciones "que saca de los estrangeros, jamas deja de caer prontamente en "la pobreza." La historia antigua y moderna está llena de estos trastornos; y de esta manera esplica Mr. Cantillon el órden y método.

"Las personas, dice, á quienes han enriquecido estas sumas de "oro y plata, aumentan sus gastos á proporcion de sus deseos, "consumen mas mercaderías, y por consiguiente, empleados sus "artesanos mucho mas que ántes lo estaban, verán aumentarse su "fortuna, y querrán tambien gozar de ella. Este aumento del "consumo aumenta el precio, y desde luego no pueden conten- "tarse los obreros con sus antiguos salarios. Habiéndose en- "carecido todos los objetos del consumo, se tendrá por provecho "considerable el sacar del estrangero las cosas de que hay mas "necesidad, porque trabaja mas barato. Entónces empieza el "estado á esperimentar la pobreza y sus inconvenientes. Sien- "te el pueblo otro tanto su miseria, y mas vivamente cuando es- "taba ya mas acostumbrado á la abundancia. La tierra está "ménos cultivada, porque el agricultor vende ménos de sus géne- "ros, y es preciso que los artesanos mueran de hambre, ó que va- "yan á ganar su vida con los estrangeros, miéntras que el lujo de "los ricos hace que continuamente pasen á estos considerables su- "mas. Empobrecido el estado, y que no puede tener los mismos "subsidios, no se resuelve con todo esto á disminuir sus gastos, ni "á proporcionar sus ideas y sus empresas con su fortuna; y el or- "gullo que le inspiró su riqueza, acelera su caida en la miseria.

manejar, y sus placeres, que no se han de perturbar ni alterar, son los objetos ridículos que la política, ya sin

"Parecerá, añade Mr. Cantillon, que cuando un estado se estiende por el comercio, y cuando la abundancia del dinero encarece el precio de los géneros y manufacturas, deberá el príncipe ó el magistrado retirar el dinero, guardarle para los casos imprevistos y procurar retardar la circulacion por todos los caminos imaginables, fuera de los del temor y mala fe, á fin de prevenir la gran carestía, y de impedir los inconvenientes del lujo. ¿Pero cómo será posible que los príncipes ó magistrados, acostumbrados á mirar las riquezas como orígen de su felicidad y su fuerza, se atemoricen de la abundancia del dinero que se reparte en un reino ó una república? Mr. Cantillon lo observa. No es fácil, dice, apercibirse en el tiempo propio para una operacion semejante, ni saber cuando está mas abundante el dinero de lo que debe para el bien y conservacion del estado y sus ventajas; porque los príncipes y gefes de las repúblicas, que no se embarazan con estos conocimientos; no procuran mas que servirse de la felicidad que encuentran por los muchos impuestos del estado, estender su poder, y aun insultar á las otras potencias bajo los mas frívolos pretestos." ¿Por qué se han de pedir milagros? ¿Por qué se querrá que en un pais, en donde las grandes riquezas hacen al ciudadano avaro, pródigo, voluntario y perezoso, queden incorruptos los gefes de la nacion? Léjos de detener los progresos, ellos mismos darán ejemplo de él: mirarán la economía como vicio político: harán falsos principios sobre la circulacion del dinero, y creerán con buena fe que los estravagantes gastos de los ricos son necesarios para la subsistencia de los pobres.

Si por casualidad retirase el gobierno el dinero, retardando su circulacion por algun camino sabio y honesto, y formase algun tesoro, ¿no es evidente, segun Focion, que esto seria encubrir y

poder, ha llegado á mirar como las verdaderas necesidades del estado. Aumentad la corrupcion y el vicio

criar una serpiente en su seno? ¿Se puede conocer el corazon humano, y persuadirse que este tesoro no seria un escollo contra quien todos los sucesores del príncipe ó magistrado que le ha formado echarian todo su esfuerzo? ¿Es verosímil que resistan los encantos de la prodigalidad? ¿Se opondrian al deseo de los lisonjeros que los rodean? Se ocultarán las pasiones bajo el lenguaje de la razon. Representarán con apariencia de avaricia una cierta prudencia ilustrada, que quiere hacer circular la abundancia del dinero que iba á arruinarla. "¿De qué sirve, dirán, un dinero muerto, enterrado y que no circula? Tanto sirve dejarle en las minas del Perú, como condenarle á no salir de los cofres. No hay casos imprevistos para una nacion rica. Las riquezas producen riquezas. Dejad pasar á las manos de vuestro pueblo un dinero, que cuando le necesiteis, se os volverá con usuras." Entónces se abrirán infaliblemente las puertas del tesoro; y este torrente del dinero detenido producirá males tanto mas funestos, cuanto la fortuna y el lujo se aumentarán con mas prontitud. Multiplicadas escesivamente las necesidades, apresurarán la revolucion que debe siempre producir la abundancia del dinero; y despues de haber tenido todos los vicios del lujo, se tendrán los de la pobreza, que parecerá intolerable.

"Para reparar las desdichas, dice Mr. Cantillon, causadas por la abundancia del dinero, y relevar de ellas al estado, es menester procurar que entre en él anualmente una balanza real del comercio, y hacer florecer por la navegacion las obras y manufacturas que están siempre en estado de enviarse á los estrangeros á mejor precio que cuando se ha venido á la decadencia y escasez de géneros. Entónces comienzan á hacer los negociantes su fortuna primera, que insensiblemente se repartirá sobre los de-

con nuestras riquezas, y llegarán á ser nuestros males mas molestos.

"mas ciudadanos. Pero cuando el dinero venga segunda vez mas "abundante al estado, entrarán el grande consumo y el lujo, y "caerá segunda vez en su miseria. Este es poco mas ó ménos el "círculo que podrá hacer un estado considerable que tiene fondos "y habitantes industriosos, y puede un hábil ministro hacerle co- "menzar siempre que quiera."

Suplico al lector medite profundamente este pasage de Mr. Cantillon. ¿No es preciso inferir que es una política falsa y errónea la que mira como principio de la felicidad del estado un medio que no procura las riquezas mas que para traer en su seguimiento la pobreza? La verdadera política quiere una felicidad mas durable. Es verdad que un estado que tiene á las riquezas como nervio de la guerra y de la paz, está destinado á pasar por perpetuas revoluciones del lujo á la pobreza, y de la pobreza al lujo. Esto es, segun Mr. Cantillon, lo que puede proponerse mas ventajoso y mas esquisito de la política mas hábil. Si Mr. Cantillon, en lugar de considerar los efectos de las riquezas y el comercio, hubiera observado (y nadie mas capaz de esto que él) todo el cuerpo de la sociedad; es verosímil que pensaria como Focion. Léjos de querer que una república, cuyas grandes riquezas han arruinado los caudales, procure hacer entrar en balanza real de comercio, le aconsejaria se aprovechase de esta decadencia para reprimir el lujo y avaricia, tener mejores costumbres, hacer estimar la pobreza, ó á lo ménos aprender á pasarse sin las superfluas riquezas. ¿No seria superior esta política á la del ministro que cuidase de hacer empezar otra vez el mismo círculo de pobreza y riquezas, de que habla Mr. Cantillon?

No es fácil á un ministro hacer que comience este círculo en un estado cuya fortuna está en decadencia. Seria necesario que el

La naturaleza, amado Aristias, no ha hecho los hombres para poseer tesoros. ¿Pues por qué hay ricos, y tambien pobres? ¿No nacemos todos en las mismas necesidades? ¿Reparte sus bienes con una liberal economía? pues usemos de ellos con prudencia. La ley que permite que se formen grandes fortunas en una república, condena á una multitud de miserables á perecer en la necesidad; y no es la ciudad mas que un reparo, y un conjunto de tiranos y esclavos, zelosos enemigos unos de otros. Probad entónces á hacer brotar en ella las virtudes que causan la dicha y la fuerza de la sociedad, y será el colmo de la locura. No obstante, mirad lo que intentan nuestros políticos, deseosos del oro y de la plata. Echan semillas de avaricia, de malos deseos,

---

gobierno socorriese á los ciudadanos, y disminuyese los derechos para favorecer el comercio; pero no lo hará. La abundancia pasada le ha acostumbrado á muchas necesidades, y estas arruinarán la república. Lo tengo por imposible; pero quiero que tenga magistrados atentos siempre, bien intencionados y hábiles para hacer comenzar este círculo de que habla Mr. Cantillon: ¿qué resultaria de esto? Estará el estado en el último estremo de su daño, si en el instante de pobreza, que seguirá á las abundantes riquezas, forma uno de sus enemigos el proyecto de invadirle. La política de este hábil ministro, que hace empezar el círculo dicho, no sirve mas que para preparar un infortunio á la república, y ponerla en el caso de ser invadida ó dominada por algun enemigo suyo. ¿Y es así como ha de florecer un estado, y afirmar su verdadera prosperidad?

de debilidad, de injusticia, de engaño, de odio, &c. y esperan ver nacer de esto la templanza, la justicia, el valor, la generosidad y la concordia.

Se os ha dicho, Aristias, y se repite sin cesar en Aténas, que es necesario el dinero para hacer una guerra larga, ó llevarla léjos de su territorio; y mirad que esto mismo prueba cuán dañosas sean las riquezas. ¿Por qué se ha de desear á los hombres el que puedan estender y perpetuar el mas temible rayo de la humanidad? Miéntras que la Grecia ha sido pobre, han sido cortas las guerras de nuestras repúblicas: nos hemos enriquecido, y han sido bastantemente largas para encender unos odios perpetuos, y para romper todos los lazos de esta alianza, que hacia nuestra seguridad interior y esteriormente.

Si Licurgo tenia razon para decir á los espartanos: ¿Quereis ser siempre libres y respetados? Sed siempre pobres, y no intenteis jamas hacer conquistas. Yo os pregunto: ¿De qué utilidad pueden ser estas empresas que se hacen léjos del propio terreno?

Me diréis que hay aliados á quienes oprime la injusticia, y es preciso volar á socorrerlos. Sin duda que es necesario atender á sus obligaciones; pero sean vuestras costumbres y vuestras necesidades buenas y sinceras, y os dará la tierra en todas partes una abundante subsistencia. ¿Qué tesoros tenian los escitias cuando partiéron de sus selvas para hacer la conquista de la Siria? Un arco, una flecha, unos dardos y un gran valor era todo lo que poseian. Estímese vuestro valor y vuestra buena disciplina, y no dejarán que os falte alguna cosa los aliados mismos cuya defensa tomais.

Pero á lo ménos, dijo Aristias, aunque los ciudadanos templados y laboriosos amasen la pobreza y la gloria, ¿no podria la república tener un tesoro que no le abriese sino en una necesidad estrema? No, querido Aristias, respondió Focion; y si sois prudente, no espondréis á esta tentacion la virtud de vuestros ciudadanos. ¿Para qué guardar entre nosotros este cofrecito de Pandora? No se trata aquí de fingir quimeras, y de juntar en la teórica cosas insociables en la práctica. Desconfiad como yo de todos estos tesoros públicos, que es quimera quererlos fundar en un estado cuyas costumbres son depravadas; pues por muy severas que sean las leyes que velan en el cuidado de este depósito, hallará la avaricia el secreto de saquearle con toda libertad. En una república virtuosa jamas pensarán los magistrados prudentes que su virtud no le baste. Si juzgan poner algun tesoro público, ya es esta una señal de que su virtud se altera; y su imprudencia, en lugar de afirmar el estado, deshace sus fundamentos. Estad seguro de que no estarán contentos los ciudadanos con su pobreza cuando el estado juntare riquezas. Yo sacaria de esto, Aristias, una regla general. Segun que la política se ocupa mas ó ménos en sus tesoros y riquezas, es mas ó ménos dichosa la república, y mas ó ménos separada del momento de su ruina.